

RELIGION Y PATRIA

FRANQUEO
CONCERTADO

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

España:
Cada 10 números quincenales 1 pta. al mes

Extranjero:
Cada 10 números quincenales 1,50 al mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Cabrales, núm. 144, principal.
A donde se dirijirán TODOS los en-
cargos y correspondencia.

"Este precepto os doy: Amáos
los unos a los otros como Yo os he
amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

Resurrección

Carlos se colocó delante de las cuartillas... La pluma le temblaba entre los dedos... No podía coordinar las ideas... Su hijo, aquel hijo adorado, rubio como el sol, de ojos azules, como todo lo bello, se moría allí, en la habitación inmediata, en su cunita también azul, al lado de su madre, que rezaba, rezaba... ¿Rezar? ¿Si él pudiera rezar!... Pero... ¡mojigangas de las pobres mujeres!... Su hijo se moría... La ciencia había agotado todos sus recursos. Bien claramente se lo dijo aquella mañana el doctor...

—¡Sólo un milagro!

Y él no creía en semejantes supercherias.

Las lágrimas humedecieron las cuartillas... ¡aquellas cuartillas que tenía que llenar a cambio de un puñado de pesetas con que poder vivir y sostener su casa!

El director del diario radical le había pedido con urgencia un artículo violento, demoledor, contra las instituciones sociales... contra lo más sagrado.

Y Carlos, dominando su dolor, dejó correr la pluma, hilvanando una soflama devastadora como un incendio, proclamando el robo, el asesinato, la destrucción de la sociedad, si fuera posible...

¡El, que daría su vida por conservar la del hijo idolatrado!

Isabel entró en el despacho de Carlos, interrumpiendo su labor.

—¿Qué haces, Carlos?

—Escribir... Digo mal: demoler...

—¿Demoler? Carlos, tus escritos y tus propagandas me dan miedo... Mira, muchas veces pienso si la enfermedad de nuestro hijo, su muerte tal vez, no será un castigo del cielo por tus blasfemias y por tus campañas contra lo más santo... Tengo miedo, Carlos... Y vengo a decirte que he hecho una promesa a Dios: la de que no escribirás ni hablarás más contra la Religión, que te convertirás, que serás otro si nuestro hijo recobra la salud... ¿Me lo prometes?

—No digas tonterías, Isabel... Ya sabes que yo no creo en nada, en nada, y cada vez, menos... Nuestro hijo se morirá, porque así lo ha declarado la ciencia...

Isabel rompió a llorar desolada...

De la habitación vecina llegaban los quejidos del enfermito...

Carlos quiso consolar a su mujer... Esta se puso de rodillas, e imploró...

—Por Dios, Carlos mío, por la vida de ese angelito que se nos va a ir, que está sufriendo en su cunita... ¡Prométeme que

si se pone bueno, que si vive, serás otro, que te convertirás, que no escribirás jamás como lo haces ahora!... ¡Prométemelo!...

Y Carlos, conmovido por aquella súplica ardorosa de su mujer, se lo prometió, empujando su palabra de padre y de caballero.

Y salió Isabel para arrodillarse de nuevo junto a la cunita azul del enfermito, y rezar, rezar con fe viva...

Y Carlos volvió a la mesa de trabajo... Pero ya no pudo escribir una palabra más... Se echó a llorar sobre las cuartillas. Las lágrimas corrieron borrando el escrito impío y demoledor...

La fe viva que, en expresión del Apóstol, traslada los montes; la fe humilde del Centurión, que creyó en el poder de Jesús para sanar a su criado con sola su palabra, hizo el milagro. El hijo amado recobró la salud.

Carlos escuchó estas palabras de labios del doctor:

—Usted, amigo Carlos, que no cree en milagros y tiene toda su fe puesta en la ciencia, debe la vida de su hijo, no a la ciencia, en este caso, como en tantos otros, imponente, sino a un milagro que Dios le ha concedido por medio de su santa mujer...

Carlos, fiel a su palabra empeñada, fué otro desde entonces.

Su pluma y su palabra estuvieron siempre al servicio de la verdad, a prueba de privaciones y estrecheces.

Aquel Sábado de Gloria, el volteo alegre de las campanas de la iglesia vecina, anunciando al mundo cristiano la Resurrección del Salvador, se confundió en el hogar de Carlos con las vocécitas cantarinas del niño rubio como el sol, de ojos azules como el cielo y con las preces del *Te Deum* en acción de gracias por el favor recibido...

¡Sábado de Gloria y de bendiciones en el hogar donde Jesucristo, vencedor de la muerte y de la culpa, había resucitado en el alma de Carlos!...

G. REQUEJO VELARDE.

CHARLA

UN POQUITO DE KEMPIS.

—Amigo don Melquiades, ¿qué padece su corazón que se refleja en ese semblante triste?

—Que estoy aburrido de la vida y de los hombres y de los ideales que seguí por tantos años. Todo es pura farsa.

—Si leyese usted el Kempis y lo meditase bien vería en él la explicación de muchas cosas y hallaría consuelo a sus aflicciones y ciencia verdadera. Pues «nuestro entendimiento y nuestro amor propio a menudo nos engañan y conocen poco». Usted, fiado en los hombres y en esas teorías separadas de Dios, creyó reformar el mundo, hacerlo mansión de bienestar y tenga muy en cuenta que «vano es el que pone su esperanza en los hombres y en las criaturas». Por esto «cuantas veces desea el hombre desordenadamente alguna cosa, luego pierde el sosiego». Que es lo que veo le está a usted pasando.

—Póngase usted en mi caso, D. X... nuestro ilustre jefe nos exponía con su elocuente oratoria los males del clericalismo y las tiranías de la religión, que no permiten al hombre satisfacer como le venga en ganas sus pasiones, y nos hablaba de su *religión sin dogmas*, de la libertad de conciencia, de la secularización de cementerios, del matrimonio civil, de la supremacía indiscutible, absoluta, del poder civil sobre todos los demás poderes, sin distinción. Y le veíamos valiente frente a los Prelados, y frente a los reyes y frente a los burgueses todos...

—Y ustedes, creyéndole un *dios*, le seguían como corderitos y discurrían tan *acertadamente* como él y para contentarle fundaban y costeaban círculos anticlericales, y periódicos rabiosamente sectarios y hasta llevaban sus instintos criminales de destrucción del orden social a la fundación y sostenimiento de escuelas laicas, para sacar de inocentes criaturas aspirantes a la horca o al presidio, y cuando con toda esa labor se creían ustedes invencibles, los amos de la situación, como si dijéramos, hizo Dios de ustedes, pobres gusanillos de la tierra, nunca independientes de su poder a veces paciente, lo que hizo con aquellos otros soberbios de la torre de Babel. Y con todos los rebeldes habidos desde Luzbel, llamáranse filósofos, enciclopedistas, emperadores, jefes de partido, heterodoxos, etc., etc. Confundirlos ridículamente, desmoronar en un instante su obra de años como castillo de naipes. «En lo mismo que peca el hombre será más gravemente castigado.»

—No, si aquí el que puede decirse que se ha encargado de enfriarnos los entusiasmos ha sido el mismo jefe. El solemne hipócrita, que de republicano se hizo monárquico, de perdulario se hizo burgués y hasta banquero, de familiar con todos un gran déspota. El que se casó por la Iglesia y educó sus hijos en un Colegio de religiosas, aconsejando a otros, privadamente, que así lo hicieran porque era

esa la mejor educación, y aún se atreve a seguir predicándonos sus monsergas progresistas con infulas de *traga-curas*. Esto, esto es lo que me ha indignado y me trae asqueado de la vida.

—De la clase de vida que usted vivía, no de la vida verdadera de los que siguen a Cristo, que dijo: «Quien me sigue no anda en tinieblas. Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»; por eso los que seguimos a Cristo gozamos de esa paz que los impíos no gozarán jamás por mucho que trabajen. «No tienen paz los malos», dijo el Señor.

«Pon en Dios toda tu esperanza y sea El tu temor y tu amor. El responderá por tí y lo hará bien, como mejor convenga.» «El hombre es frágil y mortal; el que hoy es contigo mañana te puede contradecir y al contrario, porque muchas veces se vuelven como el viento.»

—Eso está muy bien pensado. El mío, ese a quien yo seguía, resultó un veleta. Pero buscaremos otro jefe más sincero.

—¿Que desprecie a Dios? Les despreciará a ustedes cuando le convenga. Ha sucedido siempre así.

—No, le digo a usted que ahora venceremos.

—¿No dijo usted antes que todo era una farsa?

—No podemos sustraernos al influjo de la vida.

—¿Usted quiere vencer?

—Desde luego... El clericalismo impera...

—Pues tenga muy en cuenta y revise bien la Historia para cerciorarse de ello, que «Sin Dios no se vence.»

Hoy, precisamente, recuerda la Iglesia el gran triunfo de Cristo sobre todos sus enemigos y sobre la misma muerte con su resurrección gloriosa.

—A eso hay que decir con Santo Tomás de Aquino: «Si no lo veo no lo creo.» (1)

—Señor mío, que se le ha escapado a usted, ilustre representante de la ciencia anticlerical, un desatino... risible. No fue Santo Tomás de Aquino quien tal dijo, sino Santo Tomás Apóstol, unos 13 siglos antes, y si éste que así habló, luego dió la vida por defender la verdad de la resurrección, sujétese usted también a la consecuencia de creer ahora lo que primero dudó.

—Bueno, bueno... ¿qué más iba usted a decirme?

—Parece que le va interesando mi conversación. Lo celebro.

—No... si es que... me entretiene... ¿sabe usted?

—Se y prosigo. Un caso entre muchos que pudiera citarle de que no en vano se acude a Dios cuando se quiere vencer. En día memorable, nuestro Rey Don Alfonso XIII consagró pública y solemnemente España entera al Corazón Sacratísimo de Jesús, y España, reconocido y pregonado por los mismos extranjeros, es «país de bendición» comparado con el resto de Europa, puesto que España además de librarse de las terribles crueldades de la guerra entre las demás naciones, ha sido y sigue siendo «el paño de lágrimas» de tanto infortunado y hambriento como por esos mundos claman pan y caridad. Vea usted lo que pasa fuera y vea lo que pasa aquí.

—Aquí hemos tenido buenos trastornos sociales, crímenes a granel y batuda escandalosa de gobernantes. Y luego esa

(1) Aunque parezca extraño, esta es frase de un *distinguido* publicista contemporáneo, émulo de aquel no menos ilustre orador que llamó a San Agustín, el Ángel de las Escuelas.

guerra de Marruecos, que no es para alegrar los corazones.

—Todo ello no ha sido capaz de trastornar la marcha normal de nuestra patria. Las revueltas sociales y esos crímenes provocados por los enemigos de Cristo, más que de la burguesía, ya que muchos de sus instigadores son burgueses bien conocidos, no pudieron conseguir de España hacer una Rusia, ni siquiera traernos la revolución apetecida por los que usted sabe y yo también.

—¿Y lo de Africa?

—Dios nos protege indudablemente contra tantos enemigos, pero al mismo tiempo nos castiga culpas graves y aún estos castigos, ya lo ve, no son como esos otros de fuera, sino más suaves.

No, no hay que cerrar los ojos a la evidencia. Aunque la mayor parte de los españoles, unos con su labor nefasta y otros con su prudencia mal entendida, parece que quieren destruir el suelo patrio, el Corazón Sacratísimo de Jesús ha prometido reinar en España con más veneración que en otras partes y de este reinado se ven ya los albores.

De todas partes se pregonan anhelos de reconstitución católica, franca, decidida. La juventud intelectual va en la vanguardia. Cristo venció a la muerte, resucitando al tercer día de dar su vida por los hombres para librarlos de la esclavitud del mal y hacerlos eternamente dichosos. Cristo vence, Cristo impera a despecho de las potestades todas del infierno que aquí secundan políticos ambiciosos, escritores infames, sectarios rabiosos, sofistas maquiavélicos.

¿Quiere usted ser de los vencedores y no sufrir más esa desesperación que le trae amargada la existencia, ni esos desengaños crueles que torturan su alma? Pues asociése con los que siguen a Cristo. El es el Amigo verdadero, el único, el mejor de todos, el que no puede engañarse ni engañarnos, porque es inmortal, porque es Dios «y lo que Dios no es, nada es, y por nada se debe contar».

Sábado de Gloria

Era un día de sol esplendoroso; la campana, dos días prisionera, sintiéndose orgullosa pregonera (daba al aire su canto victorioso. Vibraba su sonido melodioso que a la gente, ese día placentera, recordaba la fecha en que se hiciera el milagro más grande y prodigioso. Brotaba de los pechos la alegría, y en ellos claramente se notaba la emoción que en las almas se sentía, y era tanta la fe, que parecía que el Señor otra vez resucitaba y de nuevo a los cielos ascendía.

Francisco Ximénez de Embún.

M. Thiers y un diputado católico

En la cámara de diputados de París, un diputado católico defendió una cuestión religiosa con admirable energía. Al salir de la sesión, M. Thiers se dirigió al orador, y le dijo sin rodeos:

—Caballero, dispense usted mi curiosidad. ¿Tiene usted la firme convicción de cuanto acaba de defender?

—Firmísima.

—¿Y practica tal como cree?

—Sin la práctica sería inútil la creencia.

—¿Oye usted misa?

—No faltó jamás a ella ni a los demás deberes de buen católico.

—Quiere usted decir que se confiesa, ¿verdad?

—No hay duda que sí, y aún no me basta eso.

—¿Cómo! ¿Hace usted tal vez la comunión pascual?

—Y otras muchas.

—¿De modo que comulga usted con frecuencia?

—Comulgar es la dicha mayor de mi vida, contestó con emoción el diputado.

—Caballero, añadió M. Thiers asomándole las lágrimas a los ojos, tiene usted un gran corazón, y es mucho más feliz que yo. Crea que le felicito con toda mi alma y que llego a tenerle envidia.

Es preciso saber que Thiers tuvo la desgracia de haber sido educado en un colegio laico, por eso perdió la fe antes de haber tenido el consuelo de practicarla.

Alerta, oh padres de familia, que no hagáis infelices a vuestros hijos y que después tengan que llorar su irreparable desgracia.

Pienso que ante el tribunal de Dios habrán tenido que arreglar unas cuentas más severas aún que la del mismo hijo los padres del desgraciado M. Thiers.

El Cirio Pascual

¿Qué simbolismo se encierra en el Cirio Pascual?

Refiérese en el *Exodo* que durante su paso por el desierto eran guiados los hijos de Israel por una columna de nube que con su brillantez iluminaba las tinieblas de la noche, y durante el día, interponiéndose entre los hebreos y el sol, los libraba del ardor de sus rayos.

A este propósito dice San Pablo que dicha columna era figura del bautismo, el cual nos esclarece haciéndonos hijos de la luz, y al mismo tiempo nos da como una prenda de la protección del Señor. Ahora bien; el Cirio Pascual es una representación de la columna de nube que iba delante del pueblo judío, y por eso en la procesión que con los recién bautizados se hacía antiguamente el día de Pascua, iba delante el Cirio bendito, como precediéndolos a todos e indicándoles que en la Santa Iglesia hallarían la tierra de promisión y el eterno sol de justicia y santidad.

¡Aun quedan... Robespierres!

Cuando en el espanto y horror de aquellas sangrientas orgías de la república francesa quiso el mismo Robespierre introducir un rayo siquiera de luz y de orden, ideando por su cuenta una nueva religión del Ser Supremo, que tuvo el valor de proclamar en medio de los alardes de la Convención, Tayllerand, que no era menos malvado, pero sí de mucho mayor talento práctico que sus compañeros, tuvo la ocurrencia de preguntar a Robespierre qué tal adelantaba entre las gentes su nuevo culto y Catecismo, respondió éste que no daba paso alguno. «Desengañaos, ciudadano, prosiguió Tayllerand, para estas empresas se necesita antes haber sido crucificado el viernes y resucitar al tercer día.» El buen sentido de su antigua fe hablaba por los labios del volteriano apóstata.

DEL PARLAMENTO AL HOGAR

En eso que unos dan en llamar «temple de las leyes», Congreso de los Diputados, Parlamento, pero que no es sino lugar de escándalo en el que los vicios y ambiciones y blasfemias y herejías e insultos se baten en confusión infernal, con regocijo de la gente maleante, se había dado aquella tarde uno de estos espectáculos provocados por cualquier causa, la de la última crisis, por ejemplo, (la cuestión era armar gresca y hundir la Patria en el desprestigio más vergonzoso).

A propósito de un acto viril, enérgico, justo, de un ministro, al que no estamos acostumbrados, salió a relucir todo el campanilleo progresista de las mesnadas izquierdistas; se habló de la tiranía anticlerical, de la libertad de conciencia, secularización de cementerios y matrimonio civil, del salvajismo civilizado para la procreación de la raza; de la libertad del *erupto sectario* en los catedráticos aunque sea para hacer la apoteosis de la prostitución y del latrocinio y así de *consecuencia en consecuencia* y de *lógica en lógica*, razonada y contundente por los padrastrós de la Patria, modelos de bien hablar y bien portar, se llegó a los bofetones, bastonazos y vivas a la república, levantándose la sesión en medio del *mayor orden*.

Quien no haya visto nunca una de estas sesiones parlamentarias de buen gobierno, puede, si quiere, aproximarse a una taberna llena de borrachos y se dará una idea acabada de la función.

En este memorable «debate de altura» del que publicaron extraordinarios los periódicos de la plebe, terció el grandilocuente orador parlamentario Excmo. Señor D.... (no quiero contribuir a su celebridad, de envidia que le tengo) y soltó una serie interminable de palabrotas efectistas contra todo lo de arriba y todo lo de abajo; sólo él y los suyos eran dignos, honrados, justos, competentes en buen gobierno y sabios, todos los demás gente imbécil, caótica, castrada de inteligencia, de voluntad y de iniciativas, por «Ah, señores diputados, señores ministros que me escucháis—dijo emocionado a lo comediante—la libertad de conciencia debe respetarse como gran conquista de la democracia y deben respetarse todas las demás libertades, procedan de la fuerza del corazón como que procedan de la fuerza intestinal... por impulsión de dentro a fuera, así es como se gobierna y así es como se administra justicia, nada de criterios atrofiados por las doctrinas de un ajusticiado, nada de intromisión clerical en nuestros asuntos. El Cristo para ellos, para nosotros la razón amoldada a nuestros instintos carnales... Leyes divinas, dogmas, ¡nunca! Sólo leyes humanas, las dictadas por nosotros según nos convenzan, porque la supremacía del poder civil es nuestro dogma.»

En los pasillos del Congreso se felicitó efusivamente al orador izquierdista, que se retiró a su casa más inflado que un pavo real..., digo no, que un pavo republicano-democrático-animal.

¡Pero en su casa iban a aguarle esta celebridad populachera! Ya se lo preveía él y por eso caminaba despacio.

II.

La esposa del *grande-hombre* sabía de su marido estas escapatorias de corcel desbocado, y como ella era señora de gran

virtud y propagandista católica muy significada, le afligía horriblemente el contraste y en más de una ocasión recriminó cual juez severísimo tan fea y criminal conducta a su cónyuge, que no se defendía con la entereza que en el Congreso, sin duda porque en el hogar no le oía el pueblo soberano, que le importaba un bledo, sino su esposa y sus hijos, que amaba con todas las ternuras de su corazón.

Vamos a presenciar una de estas escenas.

—Veo que sigues incorregible a pesar de mis súplicas, de mis razonamientos, de la elocuencia aplastante de los hechos y de ese amor tan intenso que dices me tienes.

Eso que tú discursas muchas veces pudiera disculparse en los esclavos de insanas ambiciones, en los ansiosos de populacheria, en los ignorantes sin educación ninguna y en los malvados, deseosos de la destrucción de todo orden moral y religioso, pero no en tí, hombre de sólidos conocimientos, de principios religiosos, favorecido de Dios en bienes de fortuna, en consideraciones sociales y con la posesión de un hogar cristiano y por cristiano tranquilo y feliz. Ah, esposo mío, te compadezco, en el terrible día de la cuenta vas a ser confundido por tus atrevimientos y rebeldía. ¿Crees que por cerrar los ojos ante el abismo es suficiente para negar el abismo? Vuelve en tí, piensa un poco en la conducta pública que estás observando. Da esa satisfacción a tu esposa que te ama, pero que ama más tu alma todavía.

—Tienes muchísima razón en todo, C.... adorada (a poco se me escapan los nombres de ella y de él, ¡guarda, Pablo). Más ten el completo convencimiento de que todas esas... majaderías que soltamos en las Cortes, no son eco fiel de nuestro corazón, las decimos porque nos las hacen decir compromisos de partido y otras fuerzas que vale más tu ignores. Mi disculpa no es nueva, no, de este modo se escusaba el general Prim ante un su amigo, respetable sacerdote que le reprendía por haber injuriado, esto es más grave, a la Madre de Dios.

—¡A valientes maestros te acoges! Ni esa es disculpa ni eso vale ante un tribunal justo y honrado. Haced el mal, vosotros a quienes el vulgo tiene por hombres instruidos y rectos de conducta, y esto es culpable, es criminal, es escandaloso, va contra la tranquilidad y prestigio de la Patria, y, más todavía, va contra la salvación de vuestra alma, porque atacáis la Doctrina sublime y santa de Cristo que es la salvación única y segura de los pueblos, y os burláis de los dignos ministros del Señor que en todo tiempo y lugar están autorizados como legítimos defensores de la verdad.

¡Qué es eso de libertad de conciencia y de pensamiento y de palabra, si el mismo Dios nos ha dicho que ha de pedirnos cuenta estrecha de todos nuestros pensamientos, palabras y obras!

—El me perdona todos mis pecados parlamentarios, pecados que no quiero traer a este mi bendito hogar pues ya ves que contigo tomo la Bula, que contigo rezo y ayudo a nuestros hijos a ser buenos cristianos, mandándoles a colegios religiosos, aunque en público los combata por compromisos de secta, y hasta aconsejo a mis familiares, que me consultan, que hagan con sus pequeños como yo con los míos y, no obstante, ya ves si soy digno de compasión, se me exige subvencione escuelas laicas.

—¡Infeliz! para que los pobrecitos hijos

de los obreros se pierdan irremisiblemente... ¿Qué mal te han hecho? Ah, no te creía tan miserable... ¡apartate!... Déjame a solas llorar al esposo perdido... al padre de mis hijos. ¡Compromisos de partido... juramentos de secta... Voy comprendiendo. Estás más distante de mí de lo que yo creía.

—Si yo pudiera volverme atrás... pero, no, es tarde. Lo que en hora maldita juré cumplir por satisfacer ambiciones mundanas, hoy se me obliga con la vida a satisfacer. Somos esclavos viles, esposa de mi alma, esclavos sin dignidad, sin más consuelo que gritar frecuentemente ¡viva la libertad! para hacernos la ilusión de que estamos libres.

—Huyamos de aquí, si quieres.

—No... no... tú no sabes que eso no puede ser, en todas partes me alcanzarían los tentáculos del terrible pulpo...

—Muchos hombres hubo como tú tan comprometidos y rompieron las redes que les aprisionaban para ir derechos, altivos y valientes por el camino de la verdad y el cumplimiento del deber. ¡Sé tú uno de ellos, cueste lo que cueste. Te honrarás a tí y me honrarás a mí si de veras me quieres, y sobre todo salvarás tu alma, que ahora se encuentra en eminente peligro de muerte eterna.

—...No puedo... no puedo...

—Pues bien, sábelo, desgraciado esposo mío... A esa cobardía vuestra y a la saña impía de los que os arrastran a fines perversos, nosotras las damas españolas y católicas, que esto somos antes que otra cosa, seguiremos incansables oponiendo nuestra decisión y nuestras facultades en confesar a Cristo, en trabajar por la regeneración social de España.

A vuestro gesto volteriano «aplastemos al Infame» contestaremos nosotras con el gran Presidente de la república ecuatoriana, García Moreno: «Dios no muere.»

Con que ya lo sabéis, infelices, vuestra labor es la derrota, la nuestra es victoria, siempre victoria!

J. O. F.

El derecho al cancan

Doña Rita.—Me he permitido llamar a ustedes para que tratemos de un grave asunto que ha conmovido a toda esta vieja, pero honrada capital de provincia. Supongo que ustedes también estarán conmovidos y que a todos nos unirá el mismo pensamiento; porque aquí el que no es padre es madre, y viceversa. Me refiero a la conducta de la señorita Nicéfora, esa profesora oficial que está dando el escándalo de bailar en clase el cancan ante nuestras hijas.

Doña Sacramento.—¡Qué horror! No me había enterado.

Don Amadeo.—¿Pues dónde vive usted, señora? Mi hija se presentó en casa la otra noche bailando ese bailecito francés. Por supuesto, que en cuanto ella alzó la patita yo la mano y...

Lola.—¿Y por qué hace eso?

Don Adolfo.—Dice que para explicar la Historia; ahora está en el reinado de Luis Felipe..., y entonces estaba ese baile en boga...

Don Amadeo.—Pues mire usted que hay escenas históricas que si las quiere explicar por medio de cuadros vivos...

Doña Rita.—Comprenderán ustedes que no podemos consentir esta abominación. Es necesario protestar, agitarse, acudir al Gobierno para que la castiguen...

Voces.—¡Sí, sí!

Don Salvador Izquierdo.—Perdame. Yo siento ser una nota discordante. Tengo una hija que acude a la escuela, y si se me presenta, como la de don Amadeo, bailando el cancan, la deslomo. Pero mis convicciones y mis compromisos políticos me obligan a pedir para la señorita Nicéfora que se respete su libertad de profesora. La enseñanza es libre.

Don Amadeo.—¿Y el aprendizaje obligatorio?

Don Salvador Izquierdo.—No se puede imponer al maestro una teoría.

Lola.—¿Y al alumno, sí?

Don Sebastián Izquierdo.—El alumno no sabe distinguir.

Don Adolfo.—Distinguímos los padres.

Don Salvador Izquierdo.—Los padres no tenemos que ver en estas cosas de los hijos; esta es una cuestión de principios, una cuestión de izquierdas.

Doña Sacramento.—Perdone una pregunta, porque yo no estoy muy al tanto: ¿Quiénes son las izquierdas? ¿Esas que bailan en el Ideal Patatón?

Don Salvador.—Son los partidos que defienden la libertad.

Don Amadeo.—Los que defendieron a Rufo, el asesino de don Tomás.

Doña Rita.—Y a aquél que se escapó con los fondos de la Fundación Rodríguez.

Lola.—También es casualidad que cada cosa o persona que no sea decente caiga bajo la protección de las izquierdas...

Don Salvador.—Cuestión de principios.

Doña Sacramento.—Pero, don Salvador; si es posible y no fuera mucho pedir, yo quisiera hacer todo lo que está en mi mano para que mi hija tenga vergüenza; digo, si no molesto los principios...

Don Salvador.—Usted es muy dueña.

Doña Sacramento.—¿Me lo permite la Constitución?

Don Salvador.—Está usted dentro de la moral universal. Nosotros, al que es moral, le dejamos libre de serlo; pero procurando, claro está, que no lo sea nadie...

Doña Rita.—Mire usted qué lástima de discrepancia: yo que quería redactar una protesta y que se llenase de firmas...

Don Salvador.—Me opongo. Ya saben ustedes que yo represento aquí a don Melquiades, y ya están enterados de lo que piensa ese grande hombre. ¡Y no hay quién le resista! ¡Ustedes no tienen idea del poder de aquellos ojos de hipnotizador! ¡Ay del Gobierno que se atreva con Nicéfora! ¡No durará un minuto!

Don Adolfo.—Entonces es que a la secularización de cementerios han añadido ustedes otro punto en el programa: el de la corrupción de menores.

Don Salvador.—¡Don Adolfo, no le consiento esas frases!

Doña Rita.—Vaya, no discutan. ¿No has oído que los padres no tenemos derecho a protestar? Con que, se levanta la sesión, señores.

Doña Sacramento.—Don Salvador, usted dirá lo que quiera; pero ya verá lo que en esa escuela aprende su hija.

Don Salvador.—¿Mi hija? ¿Por quién me ha tomado usted? ¡Mi hija no vuelve allí!

TIRSO MEDINA.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sra. D.ª E. P. de C.—Madrid.—Pagó 1921
Sr. C. P. de N. S. de las A.—Id.—Id. 1922
Sr. D. J. F. T.—Ujo.—De conformidad en todo.—Deja pagado hasta fin 1922.
Sr. D. P. G.—Piedraceda.—Recibida su carta, que agradezco.—Tiene pagado ahora hasta fin Junio 1922.—Recibirá los 10 números.

O. O. O.—San Felices.—Fin Marzo 1923.

DONATIVO

Nuestro buen amigo y suscriptor Don H. L., de Madrid, nos ha enviado 50 pesetas para nuestra propaganda, en sufragio de su difunta esposa (que de Dios goce.) Dios premie la caridad del donante.

TEJIDOS EN GENERAL ALMACENES Y PAÑERÍA

La casa mejor surtida y la más popular de la provincia.

GIJÓN :: Calle Corrida.

La Sirena

Adornos para vestidos, lanas, corsés, guantes, perfumería, artículos para bordar, bolsillos, pieles, paraguas y sombrillas :: Nuevo surtido en todos los géneros :: Amabilidad en el trato. San Bernardo y San Antonio :: GIJÓN C.

Viuda e Hijos de Gregorio Alonso

Grandes almacenes de ferretería, loza y cristal. Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras.

Solicítense precios—San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 :: GIJÓN C.

Doctor EMILIO VILLA

Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — ESPECIALISTA — Electricidad médica. Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6.

San Bernardo, 148 :: GIJÓN :: Teléfono: 797

La Rusquilla

Banco de Castilla

SOCIEDAD ANÓNIMA FUNDADA EN 1857 :: Infantas, 31 :: MADRID
AGENCIA DE GIJÓN: CALLE DE LOS MOROS

Cuentas corrientes :: Giros :: Cobros :: Comisiones :: Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros :: Cartas de crédito :: Descuentos :: Préstamos :: Cuentas corrientes con garantía de valores :: Depósitos, etc. :: CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde una peseta en adelante, al 3 por 100 de interés anual.

Las Camelias

TEJIDOS :: SASTRERÍA :: San Bernardo y Jovellanos :: GIJÓN

Se reciben constantemente las más ALTAS NOVEDADES en Lanería y Artículos de Fantasía :: Extensas colecciones en Pañería para trajes de Caballero, con garantía de los tintes :: MAESTRO CORTADOR DE PRIMER ORDEN

ACEBAL, RATO Y COMP.ª

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor : GIJÓN

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, luzeras, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

La Fama Asturiana

Se recomienda por sí solo el chocolate de esta marca.

Pídase en todas las tiendas de comestibles.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 453 :: Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

C. Teléfono, 312.

Imp. LA RECONQUISTA.—Gijón.

FUNERARIA DE HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

GRANDES ALMACENES de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230

GIJÓN

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FÁBRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua) Harinas superiores :: Chocolates exquisitos :: Pan superior de todas clases ::

Carretera de Villaviciosa :: GIJÓN C.

Doctor Calisto de Rato y Rocas

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DEL SISTEMA NERVIOSO

Cuarenta y cuatro años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

CORREDA, 63.

GIJÓN